

POEMAS

ESPEJISMOS

El horizonte infinito
late con mi corazón;
la luna llora
con mi dolor;
todo el paisaje siente tristeza
porque la siento yo.
¡Oh el espejismo de los desiertos
del corazón!
Cuando él sonríe, todo sonrisas,
cuando él solloza, todo dolor.

¡AMOR SOÑADO!

He vivido soñando un amor,
un amor sin pasión ni violencias,
un amor de tersura de nubes,
y candor de estrellas:
un lírico amor,
un nostálgico amor de quimera:
La fusión en un beso sin llamas
de un amor que pasa
y un dolor que queda.

ROMANCE

Bordaba la blanca niña
los tules de una ilusión
con la rueca nacarada
de su propio corazón.

Una sonrisa en los labios,
en el viento una canción
—la eterna trova que canta
quien languidece de amor—
y en los ojos el divino
lucero de la ilusión.

En el jardín los claveles
hacían zalemas al sol,
la fuente lloraba a solas
y en la magia del salón
hilaba tules de ensueños
la rueca de un corazón.

JULIAN MARCOS TORRES

Cartas extremeñas

HORNACHOS



CANSADOS de ver jugar a los demás, salimos del casino mi amigo y yo en busca de un sol remolón que luce a ratos entre las nubes.

Hornachos es una escalera apoyada en la sierra. En un descanso de esta escalera toma alientos el pueblo en la plaza principal.

Subiendo, siempre subiendo, por un viejo camino ahora, llegamos a la Fuente de los Moros que dice la tradición por boca de mi amigo indígena. En esta fuente, que sale de la sierra a nuestro paso con la clara y fresca tentación del agua virgen, hay una inscripción en castellano que no va más allá del siglo XVIII. Pero cuando lo dice la tradición aquí debieron apagar su sed mucho antes esos moros fabulosos que en todos los pueblos de España recordamos y a los cuales echamos la culpa de todo. ¡Simpáticos moros que vinieron y no querían marcharse!

En un lavadero cubierto, contiguo a la fuente, nuestra presencia ahoga en curiosidad y en agua de jabón las conversaciones de las lavanderas. Unas huertas cuajadas de naranjos se esconden allá abajo, en el dulce y atrayente reposo de una umbría hondonada que se lleva los ojos del viajero. Los deseos todos del alma cansada se hunden en la calma del valle frondoso y allí, olvidados en la hierba olvidada, quieren quedarse para siempre.

Subiendo, siempre subiendo, llegamos casi hasta la cima de la montaña. Los valientes campos de trigo, suben con nosotros y disputan a las piedras y a las cabras la falda del monte. Pero los últimos trigos ya no pueden más y mueren raquíuticos, cediendo el terreno a las piedras gigantescas que dominan la altura.

Llegamos a las ruinas del castillo. Tumbamos nuestro cansancio en el suelo y en el suelo apoyamos los brazos tomando posesión de lo que hemos conquistado: un amplio paisaje, un pedazo de Extremadura. Desde las tierras de Mérida hasta la gentil Llerena que brilla en la lejanía al pie de una sierra. Allí está Villafranca de los Barros, indolente, recostado en el horizonte. Y Llera. Y la Puebla del Prior.

No es ésta, no, la llanura absoluta de Castilla. Es la llanura sinuosa de suaves y pardos altozanos, de campos dorados hoy por la rubia madurez de los cereales. Trozos del río Matachel caminan desorientados, lentos, sin saber a donde ir por el paisaje, sin cortejo de árboles, sin perro que les ladre.

Hornachos, pueblo en rampa, parece llano desde aquí. Sus calles aprisionan huertas y campos y por eso Hornachos es más grande de lo que puede. Reposa en un atrio blanco, como en una cuna, la blanca ermita de Nuestra Señora de los Remedios.